

El Hijo nos llama a seguirlo. Caminamos juntos.

*“Jesús dijo: ‘Sígueme’.
Inmediatamente, ellos dejaron las redes
y lo siguieron” (Mt. 4, 18-25)*

Proyección 2018

Este año viviremos la gracia del XI Sínodo de la Iglesia que peregrina en Córdoba. Tenemos conciencia de que este Sínodo influirá en nuestro futuro ministerio sacerdotal y por ello queremos vibrar con este acontecimiento eclesial que es un don de Dios, tratando de escuchar y discernir lo que el Espíritu dice a las comunidades a las cuales queremos ya desde ahora servir con generosidad y fidelidad.

El lema pastoral 2018 nos invita a volver a la experiencia del primer llamado, revisar esas redes que hemos dejado para seguir a Jesús y a no olvidar por qué nos pusimos en camino tras sus huellas.

El mismo Señor que habló a Moisés, cuando vino para llevar la Ley a plenitud, dijo a sus discípulos: ‘Si alguno quiere venir detrás de mí’. No dijo: si alguien quiere venir delante de mí. Y al que le preguntó sobre la Vida eterna le propuso lo mismo: ‘Ven y sígueme’. Ahora bien, el que va detrás ve la espalda del que va delante. Moisés -que anhelaba ver a Dios- aprendió así cómo poder verlo: seguir a Dios, eso es ver a Dios. El que va detrás no se saldrá del camino siempre que mire la espalda del guía. Ves lo mucho que importa aprender a seguir a Dios ” (Gregorio de Nisa, “Vida de Moisés”)

Por tanto, seguir a Cristo –como lo enseñan los Padres de la Iglesia- es caminar continuamente detrás de Él, sin perderlo de vista ni distraernos, sino buscar continuamente su Rostro. Ese rostro que una vez brilló de manera fascinante en nuestro corazón invitándonos a ser pescadores de hombres; un rostro y una voz que nos sedujo y nos sigue seduciendo; que nos hiere, nos sana y nos estimula a buscarlo cada día.

Agradecemos humildemente a Dios que bendice nuestra comunidad formativa regalándonos un clima de sana alegría, confianza mutua, respeto y fraternidad. Percibimos entre nosotros un ambiente de familia que nos ayuda a formarnos responsablemente en libertad y referencialidad. Nos da gusto estar en el Seminario y queremos cuidar cada vez más la alegría que nos da seguir a Jesús en nuestra vocación al sacerdocio. Así nos sentimos y así –nos han dicho- nos ven desde afuera.

También debemos reconocer que somos pecadores y que necesitamos pedir perdón a Dios y a los hermanos cuando nos equivocamos. Queremos seguir esforzándonos en superar la ironía hiriente o el silencio cómodo, y aprender a corregir al prójimo de manera personal, respetuosa y comprometida, cuando algo esté en contra del Evangelio de Jesús. Es necesario que estemos atentos para superar el individualismo egoísta, la tentación de buscar un acentuado protagonismo personal o el aislamiento narcisista de relacionarnos en pequeños grupos.

Hermanados en el seguimiento del Señor debemos alentarnos cada día en la fidelidad a los compromisos que hemos asumido libremente al ingresar al Seminario, a fin de encaminarnos de manera coherente a vivir ya desde ahora como los sacerdotes que queremos ser el día de mañana.

Queremos recordarnos mutuamente que la fidelidad y la actitud positiva de cada uno anima y sostiene la fidelidad de los demás. Un medio que puede ayudarnos es dejar de lado el uso del lenguaje negativo que acentúa la crítica dañina.

Valoramos la participación activa de nuestras familias en la vida del Seminario. También el contacto que hemos tenido con algunas Congregaciones religiosas nos ha ayudado a conocer y apreciar su consagración y estilo de vida. Queremos vivir en un Seminario de puertas abiertas que nos ayude a estimar todos los carismas que el día de mañana deberemos acompañar como pastores, especialmente como párrocos.

Las etapas propedéutica (*Tiberíades*), discipular (*Nazaret*), configuradora (*Cafarnaum*) y de síntesis vocacional (*Jerusalén*), como así también las experiencias formativas especiales en parroquias, son momentos diversos que transitamos sin olvidar que constituimos una sola comunidad que recorre un camino inicial hacia el sacerdocio cuyo proceso formativo será permanente.

En los lugares en donde desarrollamos estas etapas deberíamos ser cuidadosos en el uso de la casa en la que vivimos, valorando lo que la Iglesia generosamente dispone para nuestra formación. Ser responsables en el cuidado de lo material también constituye un modo de ser agradecidos y solidarios con el esfuerzo que las comunidades hacen para proveernos de lo que necesitamos.

Somos conscientes de que deberíamos esforzarnos más en nuestra formación intelectual, forjando cotidianamente un clima favorable para aplicarnos más tenazmente al estudio.

También vemos que es necesario que apreciemos el deporte comunitario como elemento formativo.

Es importante que, tanto seminaristas como formadores, seamos más puntuales, crezcamos en la hospitalidad con aquellos que se alojan en nuestra casa y atentos con los empleados dentro de sus roles y responsabilidades laborales.

Valoramos la dimensión espiritual en nuestra formación sacerdotal. Las pautas y medios que se nos brindan nos dan la oportunidad de llevar una vida espiritual intensa, pero reconocemos también que deberíamos aprovechar mejor todo lo que se nos ofrece, asumiendo tiempos más prolongados de oración personal o preparándonos más adecuadamente para los momentos comunitarios de oración litúrgica. Creemos que es importante que recemos más por los sacerdotes y parroquias de nuestras respectivas diócesis; como así también deberíamos estar atentos a los acontecimientos del mundo y de la Iglesia para convertir todo esto en motivo de oración e intercesión ante Dios.

Somos conscientes de la necesidad de sacerdotes en nuestras diócesis (Córdoba, La Rioja, Deán Funes) y por esto queremos fortalecer el servicio de Animación Vocacional Sacerdotal (AVS), no solamente apoyando al equipo que tiene específicamente esta misión en el Seminario, sino ofreciéndonos cada uno de nosotros para visitar –acompañados por un formador- a diversas comunidades, con la finalidad de invitar a jóvenes varones a plantearse explícitamente una posible llamada del Señor al ministerio sacerdotal. Estamos dispuestos a brindar este servicio, sabiendo que esto puede implicar que algún sábado no vayamos a las parroquias u hospitales que frecuentamos, teniendo conciencia de que nuestro testimonio vocacional puede ser la ocasión a través de la cual el Señor quiera tocar el corazón de otros jóvenes para entregar totalmente su vida a la causa del Evangelio en el sacerdocio ministerial.

Que la intercesión de la Santísima Virgen de Loreto nos alcance la gracia de concretar a lo largo del año estos buenos propósitos; y que el ejemplo del Santo Cura Brochero, que se formó en nuestro Seminario, nos recuerde que la finalidad de la formación sacerdotal es llegar a ser -con la gracia de Dios- pastores llenos de ardiente caridad como Jesucristo, el Buen Pastor.